



La vida en el pancraccio, entre riesgos, carencias y dolor

▲ A pesar de que la lucha libre se mantiene dentro de la identidad popular mexicana y como una gran atracción para los aficionados, detrás de las máscaras, las llaves, contrallaves y saltos espectaculares emerge un mundo donde la mayoría de los gladiadores enfrentan la precariedad

laboral, que los lleva a permanecer activos a edades avanzadas, y la carencia de derechos básicos como el seguro médico, por lo que el halo de las lesiones graves e incluso la muerte los rodea cada vez que suben al cuadrilátero. Foto Germán Canseco E. PALMA Y A. ACEVES / DEPORTES



EN 2016, EL Senado declaró el 21 de septiembre Día Nacional de la Lucha Libre y del Luchador Profesional Mexicano. Un par de años después, el gobierno capitalino nombró a este espectáculo deportivo patrimonio cultural intangible de la Ciudad de México. Además de la fiesta que representa esta actividad, es parte fundamental de las expresiones simbólicas de nuestro pueblo. *La Jornada* dedica las páginas de su sección

deportiva al oficio que ha hecho de los vuelos y las llaves una seña de identidad reconocida en todo el mundo. En la imagen, Angelito se lanza contra Pierrothito, durante la función conmemorativa en la Arena Coliseo, el sábado pasado. Foto Germán Canseco



PRECARIEDAD, RIESGO Y DOLOR: EL DURO OFICIO DEL CUADRILÁTERO

Debajo de las máscaras están rostros de abogados, comerciantes y torteros

ALBERTO ACEVES

José Orlando Regalado Alonso era conocido en las arenas como Rey Destroyer. En una lucha contra Black Spider Jr, el 2 de marzo en Monterrey, el regiomontano falleció a los 22 años tras una caída que le ocasionó un severo daño cerebral. Durante los 10 días que estuvo internado, luchadores como LA Park, Silver Star y Latin Lover recaudaron fondos para ayudar a su familia, debido a que había problemas para el pago de la atención médica. Esa fue la más reciente muerte que tuvo que lamentar este deporte. Si no era el cansancio o el dolor, lo único que podía detener al gladiador enmascarado era una lesión fulminante. Su modo de vida estaba relacionado con el riesgo.

El caso de Rey Destroyer revela el modo de vida que suele existir en los gimnasios. Algunos entrenan con las rodillas desgastadas, corren con la resaca física que dejan años dedicados a la lucha libre. Son pocos los que pueden vivir de sus golpes. "Muchas veces decimos que nos gustaría morir arriba de un ring, pero en realidad todos tenemos miedo de no regresar a casa", afirma Lino Fernando Aguilera,

Fresero Jr, personaje independiente que hizo escuela en el Consejo Mundial de Lucha Libre (CMLL) y llegó a las principales plazas del país tras largos viajes en autobús y sin una programación estable.

Como los antiguos héroes del barrio, los luchadores cubren sus gastos personales y deportivos durante sus entrenamientos. Debajo de sus máscaras asoman rostros de comerciantes, torteros, profesores de educación física, abogados, personas bravuconas y malhabladas que se desprenden de su vida habitual para saltar más alto y volar más veces, porque con eso la fama puede tocar a su puerta. Rey Destroyer era dueño de una barbería. Ganó popularidad en Monterrey por hacer aquello que piden los promotores para animar el espectáculo. Transitar sobre el riesgo, llevar al extremo sus acrobacias.

Príncipe Aéreo, Silver King, el gladiador mexicano transgénero Julio Flores, quien personificó a La Chica Yeyé, siguieron la misma ruta antes de su muerte. "A veces los doctores nos dicen que ya no podemos luchar, pero si no, ¿qué hacemos? ¿De dónde sacamos dinero? Una pastilla puede quitarte el dolor y probablemente mañana estarás de regreso en el ring. El

problema es que tarde o temprano el cuerpo te tumba", sostiene Adolfo Tapia Ibarra, LA Park, gladiador queretano quien inició su carrera en Triple A, después de dormir varias veces en Garibaldi a la espera de una oportunidad.

Un refresco y una torta

El hombre de la máscara con forma de esqueleto, personaje icónico de la lucha libre mexicana, afronta sus 58 años con enormes secuelas físicas, pero aún no está dispuesto a retirarse. Si alguien le pregunta cuánto gana un luchador, su primera expresión es una sonrisa irónica, una imagen que responde a su aguda personalidad. "En la lucha libre ni siquiera las grandes estrellas ganan millones", responde. "Yo trabajaba los domingos en una arena del estado de México y no había gente. El promotor nos daba una coca y una torta. Si estabas en la lucha estelar, le ponía doble jamón. Este deporte no es bien pagado, mucho menos para los gladiadores del barrio".

A la chilena Stephanie Baker, monarca mundial de mujeres en el CMLL y ahora figura de la WWE, le pagaron 50 pesos en su primera función hace 11 años. Su testi-



monio no es ninguna sorpresa. El instructor Tony Salazar, gladiador retirado, advierte que los sueldos mejor pagados están en las grandes arenas como la México y la Coliseo, donde un luchador estelar puede ganar “entre 70 y 80 mil pesos”, aunque son muy pocos los que llegan. Un atleta debe acreditar un examen para recibir una licencia profesional. Eso incluye una demostración de sus conocimientos en lucha grecorromana y olímpica, trabajo a ras de lona –llaveo y contrallaveo–, *tumbling*, cuerdas, saltos, la capacidad de interactuar con el público.

Licencia profesional

Una licencia es un requisito legal para participar en funciones de lucha. La convocatoria se realiza dos veces al año y se gradúan unos 50 luchadores. Trabajar sin ella no garantiza que los participantes estén en condiciones adecuadas para competir, además de que maximiza el peligro de sufrir lesiones graves. En el circuito amateur hay luchadores que deciden correr el riesgo por su cuenta. El máximo pago para quien va empezando su carrera es la promoción, figurar en un cartel a cambio de 5 o 10 mil

Además de resistir el dolor, la mayoría gestiona sus gastos con otros negocios. Una tortería en el centro de la ciudad, un local de venta de artículos oficiales, puestos de arroz y comida afuera de alguna arena. Si el luchador se juega todo en el ring, al terminar valora más la vida.

pesos, según lo acordado. Para muchos de ellos, el verdadero castigo es el desdén, que la gente no les silbe ni los abuchee cuando suben al cuadrilátero.

“Cuando la gente grita enojada y nos insulta hasta se enchina la piel. Eso quiere decir que estás conectando con ellos, que estamos haciéndolo bien”, comenta Black Angelo 3G, rudo enmascarado que ha participado en torneos de lucha libre por el barrio. Como otros luchadores, sabe que hay riesgos mortales en su profesión, decesos en arenas chicas por la irresponsabilidad de un promotor o del propio compañero, al subir bajo los efectos del alcohol o de alguna sustancia tóxica.

Ser longevo en el cuadrilátero requiere mentalidad y fuerza: Felino

KARLA TORRIJOS

La longevidad puede ser una de las grandes bondades de la lucha libre, siempre y cuando “cuides tu cuerpo y aprendas a escucharlo”, aseguró Felino, quien a los 60 años y con una trayectoria de cuatro décadas sigue cautivando a los aficionados en cada función con impresionantes lla-

ves y espectaculares acrobacias.

En comparación con otros deportes, los exponentes de esta disciplina pueden continuar con sus carreras después de los 40 años o más, y aunque gran parte de ellos lo hace por la necesidad de un ingreso, algunos persisten para mantenerse activos y porque su cuerpo aún se los permite.

No obstante, aquellos luchadores experimentados que permanecen en los cuadriláteros, no sólo enfrentan en cada batalla los estragos propios de la edad, sino también las secuelas de las lesiones que los han aquejado durante varios años y que acarrearán las críticas del público.

“Luchar a cierta edad no es fácil. Debes estar preparado no sólo física, sino también mentalmente, porque a veces la gente es muy cruel, te gritan cosas y si te enganchas, puedes irte para abajo”, señaló el gladiador perteneciente a la dinastía Casas, una de las más importantes dentro del pancracio nacional.

Relató que recientemente, en una función realizada en Puebla, “un aficionado me gritó: ‘¡ya váyase a recibir su pensión, le van a cerrar el asilo!’ Esos comentarios los tomo con humor, otros no, depende de la mentalidad de cada uno, pero si todavía quieres verte bien arriba del ring, debes seguir ejercitándote para mantenerte en óptimas condiciones”.



Sin vicios

Detalló que, en su caso, “he cuidado mucho mi cuerpo y siempre me he abstenido de los vicios, como fumar, beber, consumir drogas, que obviamente no me hubieran permitido llegar a esta etapa, en la que me siento pleno y muy orgulloso de demostrar la capacidad que aún tengo. Hasta hoy no he pensado en retirarme”.

El otrora integrante, junto con su hermano Negro Casas y el ya fallecido Mr. Niebla, de La Peste Negra, una de las tercias más polémicas de la lucha libre mexicana, reconoció también que cierta parte de los gladiadores veteranos siguen en este deporte principalmente para tener un sustento diario.

“En la lucha, como en otras actividades, aplica una frase: ‘si no trabajas, no comes’, por eso es muy importante ocuparse, más que preocuparse.”



AHORRAR ES LA ÚNICA FORMA DE PREVENIR: FUERZA GUERRERA

Beneficios sociales y seguro médico, la deuda pendiente

ERENDIRA PALMA HERNÁNDEZ

Hay una frase en la lucha libre que revela una realidad desafortunada de los gladiadores: “sabemos cómo vamos a subir, pero no cómo vamos a bajar”. El halo del peligro los acompaña dentro del cuadrilátero, casi todos han sufrido lesiones de alto grado e incluso no han vuelto a despertar tras caer en la lona; pese a los riesgos, la mayoría trabaja sin seguro médico, sólo con la confianza de salir ilesos, o mejor aún, vivos.

“No tenemos seguro social ni beneficios sociales, como Infonavit o un fondo de retiro, al igual que el resto de las personas. Aunque sabemos que no tenemos nada, estamos aquí por amor a la lucha. Sólo cuando pasa algo es cuando dices ‘Chin, ¿ahora que hago?’ Y es ahí cuando de verdad te preocupas”, dijo Fuerza Guerrera, uno de los rudos más emblemáticos de la lucha libre mexicana.

Una lesión en los intestinos después de haber recibido un golpe en el ring provocó que Fuerza Guerrera comenzara a sentir molestias e

incluso pensé que tenía cáncer. Después de varios análisis fue diagnosticado con una herida interna, por lo cual debió ser operado. Todos los gastos corrieron por su cuenta.

“Como todos, he sufrido y también he aprendido a curarme yo mismo. Pero cuando es algo grave es muy difícil, porque piensas que ya se terminó tu carrera. Más que el tema económico, hay un dolor moral y emocional; piensas en tu familia, si no podrás volver a luchar.”

“Rompí el cochinito”

—¿Cómo pagó la operación?

—Rompí mi cochinito. Ahorrar es la única manera de prevenir en esta profesión, reconoce Fuerza Guerrera, quien a sus 70 años se mantiene vigente.

Él es apenas uno de los tantos ejemplos de luchadores independientes que pese a tener una amplia trayectoria deben enfrentar por sí solos los gastos médicos en una de las profesiones deportivas de mayor riesgo.

Las historias de infortunio hacen pensar en otros referentes como Psicosis, quien ha trabajado

para la Triple A y la estadounidense WWE. El también llamado Nicho El Millonario, de 53 años, sufrió en febrero una fractura de cadera durante una contienda, por lo cual uno de sus amigos creó un financiamiento colectivo en Internet para apoyarlo.

Por ahora, sostiene que el Consejo Mundial de Lucha Libre (CMLL) es el único que respalda hasta cierto punto a sus integrantes en caso de sufrir lesiones graves en el cuadrilátero, pues ni siquiera Triple A, una de las empresas más consolidadas de esta industria, ha buscado una opción para dar seguridad a los gladiadores.

No obstante, el CMLL sólo apoya en ciertos gastos médicos cuando los luchadores se lesionan en una de sus plazas, como la Arena México o la Arena Coliseo. “Si te lastimas en otro escenario ni te responden, pero sí reconozco que es la única empresa con fisioterapia o atención a contracturas, es algo bueno, pues antes teníamos que ir con los hueseros”, subrayó Fuerza Guerrera.

Aun cuando los enfrentamientos de los enmascarados se han conver-



tido en uno de los espectáculos más populares, no existe una ley que los ampare. En varias ocasiones los gladiadores se han acercado a las autoridades para solicitar ayuda, incluso se presentaron en 2022 ante el Senado, pero no hubo una respuesta contundente.

Sin embargo, se ha despertado una posibilidad de apoyo. La Cámara de Senadores aprobó en marzo una iniciativa para establecer un salario mínimo y otorgar seguridad social a todos los deportistas profesionales. El proyecto, impulsado por la comunidad del fútbol

femenil, se encuentra por ahora a la espera de ser revisado en la Cámara de Diputados para convertirse en ley.

—¿Qué piensa sobre la iniciativa?, se le preguntó a Fuerza Guerrera

—Es algo que se ha propuesto, pero en eso queda, en propuesta. Pedir no empobrece, aunque será difícil que aprueben un seguro médico, pues necesitamos un patrón para el pago de los salarios y no lo hay, respondió desmotivado al ser consciente de las complicaciones para resolver una problemática vital en la lucha libre mexicana





SÍMBOLO DE IDENTIDAD POPULAR

Sobre el cuadrilátero, un aguerrido ritual que cautiva al público

ERENDIRA PALMA HERNÁNDEZ

En medio del crecimiento mediático de la industria del entretenimiento, la lucha libre mexicana mantiene su identidad popular y cercanía con la afición, que integrada por profesionistas, trabajadores, niños e incluso extranjeros complementan el escenario de un espectáculo donde se mezclan el deporte, el drama y la cultura.

“La lucha libre es un espectáculo auténtico, nos encanta ver a los luchadores, cómo vuelan (con las acrobacias), las llaves que aplican al rival, cada uno de ellos tiene su personalidad. Y por supuesto, siempre hay que traer una máscara, algunas son tan elegantes”, dice Miguel Cruz, asesor financiero proveniente de Veracruz, quien aprovechó su estadía en la Ciudad de México para ver el sábado pasado el llamado arte del pancracio en la Arena Coliseo.

Aún falta media hora para que comience la función en conmemoración del Día Nacional la Lucha Libre y del Luchador y ya se siente una atmósfera de algarabía en el embudo de Perú 77. El colorido

de las máscaras entre la afición refleja tanto ánimo por ver un espectáculo tan particular, como la admiración por los protagonistas que subirán al ring.

Con precios de alrededor de 100 pesos y aún con un ambiente familiar, la lucha libre es uno de los espectáculos deportivos en México más accesibles y seguros para su afición.

“Soy del estado de México, vengo con mi esposo, que es empleado, y mis dos hijos. Es muy entretenido para los niños, les llaman mucho la atención los saltos y las máscaras”, señaló Lorena, madre de familia.

Gozo y drama

Si bien Místico es uno de los referentes en la actualidad, hay otros luchadores que comienzan a robar reflectores, tanto por sus aguerridas actuaciones como por su físico, uno de ellos Soberano Jr, quien se ha convertido en uno de los predilectos de la afición femenina. Apenas anuncian a la joven estrella del pancracio y los gritos de “papacito”, “sabroso” se escuchan entre una mezcla de timidez y euforia.

Los peculiares diseños de las máscaras, así como el drama que se desarrolla arriba del cuadrilátero en cada enfrentamiento impulsó a la lucha libre para ser declarada en 2018 patrimonio cultural intangible de la Ciudad de México, distinción que también le ha permitido una mayor difusión, incluso fuera del país.

“La lucha libre es una experiencia completamente mexicana, si vienes a este país debes vivirla”, agregó Yogesh, estadounidense que contrató un recorrido turístico que incluye este espectáculo como parte de los atractivos en esta ciudad. “Es algo que ya piden mucho, les llama la atención las máscaras, dicen que representa a México”, indicó la guía turística.

“Yo traigo a mi chavito cada vez que puedo, una o dos veces al mes, vivimos cerca. Le gustan varios, como Soberano, los sigue en TikTok. Me gusta venir con él, porque nos entretenemos y es como seguir una tradición”, apuntó Donovan, padre de familia que compró una máscara a su hijo que le permitiría, por unos instantes, sentirse como uno de sus héroes.



La abuelita de la lucha libre, emblema del aficionado fiel

JUAN MANUEL VÁZQUEZ

Ningún espectáculo deportivo interpela al público como protagonista salvo la lucha libre. Lejos de ser simples espectadores, ahí los asistentes son actores de reparto. Exigen la piedad para unos y condenan al sufrimiento a quien consideran que lo merece. Más que una hinchada entusiasta, los aficionados al pancracio son el elenco y a veces las estrellas. Y nadie representa a este protagonista de las butacas como la inolvidable doña Virginia Aguilera, conocida como *La abuelita de la lucha libre*, quien durante más de medio siglo representó al aficionado fiel y apasionado.

Siempre elegante, doña Virginia acudía a las arenas de la Ciudad de México con medias y zapatos de tacón bajo, abrigo en el invierno y blazer el resto del año, el pelo recogido con discreción. Empuñaba un paraguas, no importaba la temporada, porque con esa herramienta castigó a los rudos y defendió a más de un noble luchador técnico.

En el libro *Espectacular de lucha libre. Fotografías de Lourdes Grobet* (Trilce-Océano, 2005), de donde proviene toda la información de este texto, hay un breve perfil de la histórica aficionada que fue parte de la iconografía de este espectáculo durante décadas. Lo mismo en una entrevista como la realizada

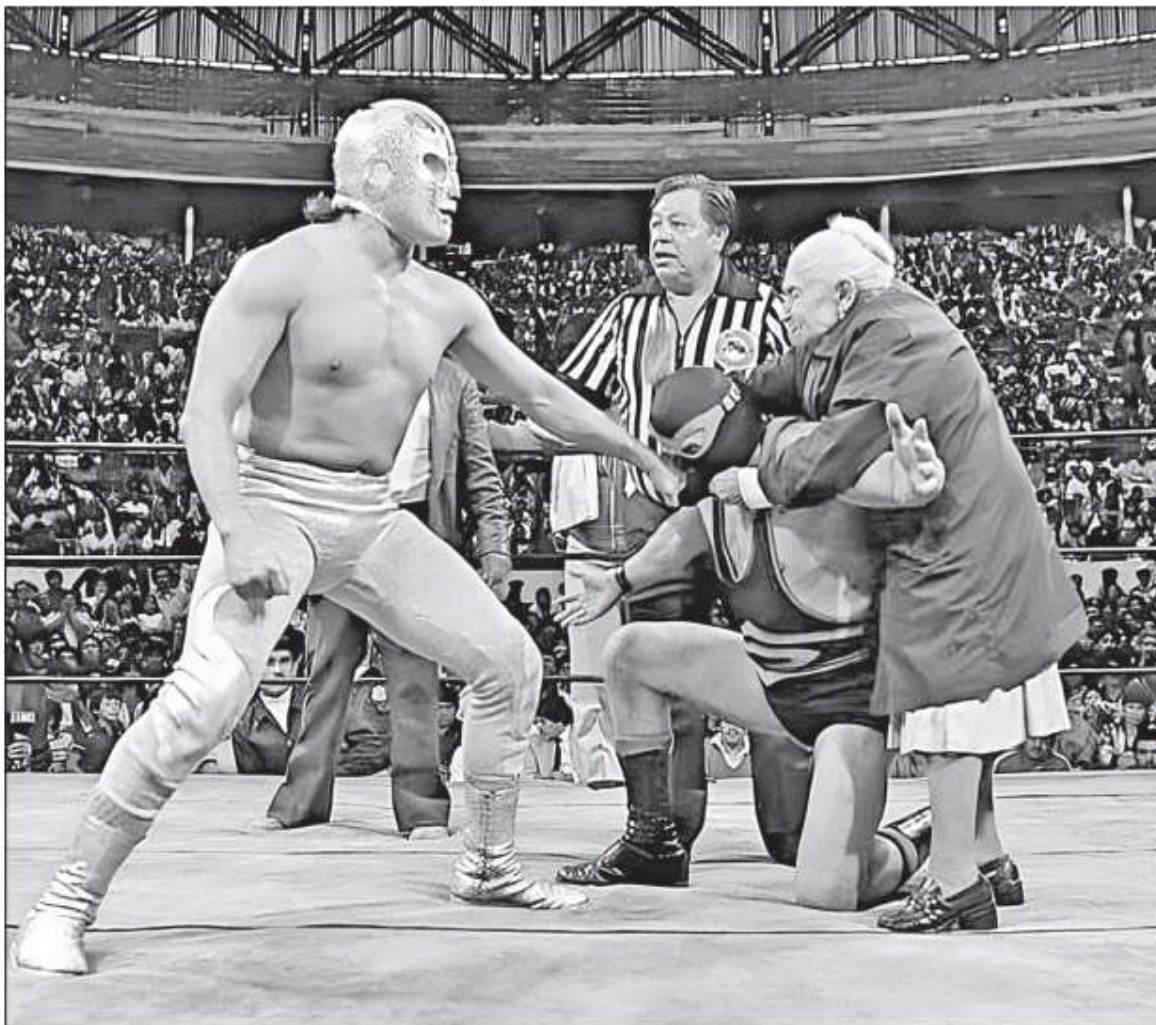
por la también inolvidable Cristina Pacheco, que en las revistas especializadas impresas en nostálgico papel sepia, doña Virginia revelaba el profundo arcano y los códigos que mueven a los aficionados al pancracio.

“Llego puntual (a las arenas) y, eso sí, muy bien vestida; para ir a la lucha libre me pongo mis mejores garritas... con mi buena apariencia les demuestro mi respeto y mi entusiasmo a los luchadores. Ellos me divierten, me hacen reír, me emocionan. Lo menos que puedo hacer es presentarme decentemente vestida en la arena”, recoge una cita en dicho libro.

Doña Virginia se volvió un personaje entrañable que despertaba la veneración del público y de los gladiadores sin importar el bando o si habían recibido algún paraguazo vengador. Le regalaban las máscaras, propias o ganadas en combate, y subía al cuadrilátero por iniciativa propia a recolectar los mechones manchados de sangre de quienes perdían la cabellera.

Ella simboliza la forma más acabada de un aficionado en la ceremonia de los costalazos. Murió el 10 de mayo de 1997 a los 97 años, pero nos dejó una definición impecable del fanático al cuadrilátero:

“En cuanto a nosotros, la gente, somos unos bárbaros: vamos a la lucha porque nos gusta ver cómo se matan unos cristianos a otros.”



▲ En la imagen superior, espectacular postal de la Arena Coliseo. Sobre estas líneas, doña Virginia Aguilera, *La abuelita de la lucha libre*, sostiene a La

Sombra, a principios de los años 80. Fotos Germán Canseco y del libro *Espectacular de lucha libre. Fotografías de Lourdes Grobet*